

LUMEN. — El legítimo asombro que os causan mis palabras, amigo mio, no es sino el prelude, me atrevo á decirlo así, del que vais á experimentar ahora. Es indudable que á primera vista parece sumamente extraordinario que alejándose bastante en el espacio se pueda de este modo presenciar realmente los acontecimientos de las edades pasadas; pero no estriva en esto lo extraño y positivo de la singularidad que tengo que comunicaros, y que os parecerá todavía mas imaginaria, si quereis oir un poco mas adelante la relacion del dia que siguió á mi muerte.

QUÆRENS. — Os ruego que hableis, pues tengo grandes deseos de escucharos.

III.

LUMEN. — Despues de haber apartado la vista de las sangrientas escenas de la plaza de la Revolucion, me senté atraido hácia una habitacion de estilo ya antiguo, que hacia frente á *Notre-Dame*, y situada en el lugar ocupado hoy por el átrio de la catedral. Delante de la puerta falsa habia un grupo compuesto de cinco personas recostadas en unos bancos de madera y con la cabeza descubierta á pesar del sol que hacia. No tardé en reconocer en esas personas, que al poco se levantaron y empezaron á andar por la plaza, á mi padre, mas jóven de lo que le habia conocido nunca, á mi madre, todavía mas jóven, y á uno de mis primos que murió el mismo año que mi padre, hace próximamente 40 años. Es difícil á primera vista reconocer á las personas, porque en lugar de verlas de frente, se las vé solo desde

arriba y como si fuera desde un piso superior. No quedé poco sorprendido de tal encuentro. Recordé entónces que habia oido decir en mi infancia que mis padres habitaban ántes de que yo naciera la plaza de *Notre-Dame*. Profundamente sorprendido, como podeis imaginaros, sentí que se me iba cansando la vista y que ya no podia distinguir nada, como si varias nubes se hubiesen interpuesto entre Paris y el sitio que yo ocupaba. Hubo un momento en que temí que me arrastrase un torbellino; por lo demás, como ya habreis comprendido, ya no tenia la nocion del tiempo.

Cuando al cabo de un rato pude volver á distinguir los objetos, reparé que habia una multitud de niños que jugaban en la plaza del Panteon. Eran indudablemente unos estudiantillos que salian de la escuela, pues todos ellos estaban cargados de libros, cartapacios, etc; y tenian el semblante alegre, como muchachos que regresan á sus casas gesticulando y haciendo toda clase de muecas. Dos de entre ellos me llamaron particularmente la atencion porque se me figuró que estaban sofocados por alguna disputa, y ya iban á pasar á vias de hecho cuando un tercero se interpuso para separarlos; pero recibió un puñetazo tan fuerte que le hizo rodar por el suelo...

En aquel mismo instante ví á una mujer que se apresuró á levantar el niño : era mi madre.

¡Ah! jamás, no, jamás, en mis setenta y dos años de existencia terrenal, entre todas las peripecias, todas las estrañezas, todos los acontecimientos imprevistos, todas las singularidades que han acompañado mi existencia; entre todos los sucesos, todas las sorpresas y todos los azares de la vida, jamás he experimentado conmocion igual á la que se apoderó de mí, cuando en ese niño reconocí... *á mi misma persona!*

QUÆRENS. — ¡Á vos mismo?

LUMEN. — Á mí mismo! con mis cabellos rubios y rizados como cuando tenia seis años, con mi cuello bordado por esa madre que acababa de acudir á mí, con mi blusita azul celeste y mis puños constantemente arrugados. Era yo en persona, el mismo niño cuya imagen medio borrada habeis visto en la miniatura que está encima de mi chimenea. Cuando se presentó mi madre, me cojió en sus brazos, regañó á mis condiscípulos, y me condujo á casa, situada entonces en la que hoy se llama calle de Ulm. Despues de haber atravesado por varias piezas, nos hallamos los dos en un jardin donde habia mucha gente.

QUÆRENS. — Maestro, permitidme que os haga

otra reflexion. Os confieso que me parece imposible que pueda uno verse de ese modo á si mismo! No podeis ser dos personas á un mismo tiempo. Si teniais setenta y dos años, vuestra infancia habia pasado hacia ya tiempo. No podeis ver una cosa que ya no existe; al ménos no puedo comprender que siendo anciano pudieseis veros en la edad de la infancia.

LUMEN. — ¿Qué razon os impide admitir esto como habeis admitido otras singularidades que os he referido?

QUÆRENS. — Por que es imposible verse á la vez niño y anciano!

LUMEN. — No reflexionais bien, amigo mio. Habeis comprendido perfectamente el hecho general para poder admitirlo, pero no habeis observado con bastante detenimiento que este último hecho particular entra en absoluto en el primero. Admitís que el aspecto de la Tierra emplea setenta y dos años en llegar hasta mí, no es verdad? que los acontecimientos no me llegan sino en ese intervalo de tiempo despues de su actualidad?; en una palabra, que veo el mundo tal como era en aquella época. Admitís igualmente que viendo las calles de entonces veo al mismo tiempo los niños que corrian por ellas. ¿No es esto así?

QUÆRENS. -- Perfectamente.

LUMEN. — Pues bueno, puesto que veo ese grupo de niños, del cual formaba yo parte en aquella época, ¿por qué pretendéis que no me vea á mí mismo como veo á los demás?...

QUÆRENS. — Pero no formais ya parte de ese grupo.

LUMEN. — Como que ese grupo no existe ya, pero yo lo veo tal como existía en el instante en que partió el rayo luminoso que me llega hoy. Puesto que distingo á los quince ó diez y seis niños que juegan en la plaza, no hay ninguna razon para que desaparezca el niño que era yo, por ser yo el que le mira. Otros observadores le verian en compañía de sus discípulos. ¿Por qué quereis pues que haya una excepcion cuando soy yo el que observa? Yo los veo á todos, y me veo entre ellos.

QUÆRENS. — No habia comprendido bien. Es evidente en efecto que al ver un corro de niños del cual formais parte, no podeis ménos de veros á vos mismo como veis á los demás.

LUMEN. — Comprenderéis por lo tanto cual sería mi sorpresa ante semejante espectáculo. Aquel niño no era otro que yo, en carne y hueso segun la expresion vulgar y significativa; era yo

á la edad de seis años. No era no un mirage, no una vision, no un espectro, no una reminiscencia, no una imágen; era la realidad misma, era positivamente mi persona, mi pensamiento y mi cuerpo. Si mis demás sentidos hubiesen tenido la perfeccion de mi vista, me parece que habria podido palparme y escucharme. Brincaba yo por aquel jardín y daba vueltas en torno del estanque, que habian rodeado con una pequeña barandilla. Algunos instantes despues mi abuelo me sentó encima de sus rodillas y me hizo leer en un libro muy voluminoso.

Renuncio á describir mis impresiones. Considerad vos mismo cuáles serian, si es que os habeis identificado bien con la realidad física de ese hecho, y me limito á declarar que jamás sintió mi alma sorpresa semejante.

Una reflexion dominó á todas las demás. Me decia á mi mismo : ese niño soy yo en cuerpo y alma. Crece y debe vivir aun sesenta y seis años. Es real é incontestablemente yo mismo. Y por otra parte, yo que estoy aquí, de edad de setenta y dos años terrestres, yo que pienso y que veo estas cosas, soy realmente yo, y lo mismo que yo soy este niño. *Soy por consiguiente dos personas* : una allá en la tierra, otra aquí en el espacio.

Dos personas completas y sin embargo bien distintas. Los observadores que se colocasen donde estoy podrian ver ese niño en el jardín, como yo le veo, y podrian verme igualmente aquí. Soy dos personas. Esto es incontestable. Mi alma está en ese niño : está igualmente aquí; es la misma alma, mi única alma y á pesar de esto anima esos dos seres. ¡Qué extraña realidad! Y no puedo decir que me equivoco, que me ilusiono, ni que me seduce un error óptico. Tanto por la naturaleza como por la ciencia, me veo á la vez niño y anciano, allá y aquí... allá, indiferente y alegre, aquí pensativo y triste.

QUÆRENS. — En verdad que es bien extraño!

LUMEN. — Y positivo. Buscar en la creacion entera á ver si encontrais una paradoja mas grande que esta.

¿Qué podria añadir ahora á mi narracion? me seguí viendo de este modo, creciendo en la gran ciudad parisiense. Me vi en 1804, entrando en el colegio y haciendo mis primeros estudios en los momentos en que el Primer Cónsul se coronaba con la dignidad imperial. Reconocí aquel semblante dominador y pensativo de Napoleon, un dia en que pasaba revista en el Campo de Marte. No recuerdo haberle visto en mi vida y

estaba satisfecho al verle pasar en mi campo actual de observacion. En 1810, me seguí viendo en la promocion de la Escuela politécnica, y me pareció verme conversando en la clase con el mejor de mis condiscípulos Francisco Arago. Este jóven pertenecia ya al instituto, y sustituia á Monge en la Escuela, á causa del jesuitismo de Binet, de quien se habia quejado al emperador. Del mismo modo volví á encontrarme en los brillantes dias de mi adolescencia y de los proyectos de viaje de exploracion científica, en compañía de Arago y de Humbold, viajes que solo este se decidió á emprender. Luego, me ví mas tarde, durante los Cien Dias, atravesando rápidamente el bosquecillo del antiguo Luxemburgo, la calle del Este y la avenida del jardin de la calle de Saint-Jacques, viendo á mi prometida que venia hácia mí para recibirme bajo las lilas en flor. Dulces horas de soledad, confidencias del corazon, silencios del alma, transportes del amor, correspondencias de la noche os presentásteis ante mi vista atónita, no ya como un recuerdo lejano y misterioso, sino en vuestra absoluta actualidad!

Presencí de nuevo en los combates de los aliados en la colina de Montmartre, á su entrada

en la capital, á la caída de la estatua de la plaza Vendome, arrastrada por las calles con gritos de júbilo, al campamento de los Ingleses y de los Prusianos en los Campos Eliseos, á la destruccion del Louvre, al viaje de Gante, á la entrada de Luis XVIII. La bandera de la isla de Elba ondeaba ánte mi vista, y mas tarde, al buscar en el atlántico la isla solitaria en que se hallaba encadenada el aguila, con las alas deshechas, la rotacion del globo me hizo ver Santa Elena, en donde ví al emperador meditando al pié de un sicomoro.

Así pasaron los años que se hallan presentes ante mi vista, y siguiendo mi propia persona en mi casamiento, en mis empresas, en mis viajes, en mis estudios, etc., asistí al desarrollo de la historia contemporánea. Á la restauracion de Luis XVIII, sucedió el efimero gobierno de Cárlos X. Las jornadas de julio de 1830, me mostraron sus barricadas, y no léjos del Trono del duque de Orleans, ví aparecer la columna de la Bastilla. Rápidamente pasaron aquellos diez y ocho años. Seguime viendo en el Luxemburgo, en la época en que se abria esta magnifica avenida, amenazada aun por un reciente decreto. Veía á Arago en el Observatorio y la muche-

dumbre apiñada y silenciosa que se precipitaba á las puertas del nuevo anfiteatro. Reconocí la Sorbona de Cousin y de Guizot. Despues se oprimió mi corazon al ver pasar el entierro de mi madre, mujer austera y tal vez demasiado rijida en sus juicios, pero á quien he amado tanto como sabeis. La singular y pequeña revolucion de 1848, me sorprendió tanto como la gran revolucion, Reconocí en la plaza de la Bolsa á Lamoriciere, enterrado el año pasado, y en los Campos Elyseos á Cavaignac, que murió hace cinco ó seis años. El 2 de Diciembre, me halló de observador en mi estacion celeste, como me habia hallado desde mi torre solitaria, y sucesivamente se fueron verificando acontecimientos, los unos que me habian llamado ya la atencion, y los otros que habian pasado inadvertidos para mí.

QUÆRENS. — ¡Decidme, esos acontecimientos se verificaron rápidamente ante vuestra vista.

LUMEN. — Me seria difícil apreciar la medida del tiempo; pero todo aquel panorama retrospectivo se sucedió ciertamente en ménos de un dia... quizá en algunas horas.

QUÆRENS. — Entónces ya no lo entiendo. Perdonad á un antiguo amigo esta interrupcion indiscreta; pero por lo que yo me habia imagi-

nado, me parecia que no era un simulacro sino realmente los acontecimientos los que estabais viendo, solo que en virtud del tiempo necesario al trayecto de la luz, esos acontecimientos estaban en retraso con respecto al instante en que se verificaban. Hé aquí todo. Por consiguiente, si pasaron ánte vuestra vista 72 años terrenales, el mismo período de tiempo, y no algunas horas como decís debió transcurrir para que vieseis dichos acontecimientos. Si el año 1793, os aparecia solamente en 1864, el año 1864, no deberia por consiguiente aparecer á vuestra vista sino el 1936.

LUMEN. — Vuestra nueva objecion es sumamente lógica y me prueba que habeis comprendido perfectamente la teoria de ese hecho. Os agradezco que me la hayais formulado. Ahora os voy á explicar como no me fué necesario aguardar otros 72 años para volver á ver mi vida, y como, bajo la impulsión de una fuerza desconocida, la he vuelto efectivamente á ver en ménos de un dia.

Siguiendo paso á paso mi existencia, llegaba á los últimos años notables por la completa transformacion que ha sufrido en Paris; ví á nuestros últimos amigos y á vos mismo; á mi hija y á sus preciosos niños; á mi familia y á todas mis rela-